

TAGORE MIRA AL MAHABARATHA

EL poema lírico *Chitra*, tomado de un antiguo episodio del Mahabaratha, ha traído de nuevo al mundo el encanto suave de lo oriental, el recuerdo de las historias que hace tiempo pasaron y cuya memoria también olvidaron los hombres. Los personajes, ¿qué importan sus nombres?, pueden representar a la humanidad entera, movida por una fuerza universal, como por un impetuoso oleaje, una fuerza que el hombre encuentra siempre en su interior cuando se encuentra a sí mismo; es esta la fuerza del Dios del Amor, la llama de Madava, como dirían los indios.

Estas figuras, que a veces parecen símbolos y a veces tienen toda la fuerza dramática de seres reales se desenvuelven en un escenario natural al que se presta el carácter del poema, compuesto para ser representado al aire libre, mientras el público rodea a los actores,

Chitra, hija del rey de Manipur, ha sido educada por su padre como un varón, enseñándole a manejar el arco y los deberes de un rey, puesto que carece de otro heredero. Así la Princesa crece diestra en las artes de la guerra y es decidida, intrépida, constituyendo el único apoyo para el pueblo del reino de su padre; es un tipo de mujer independiente que huye del trato de las gentes y que esconde su feminidad bajo el áspero sayal del guerrero. Su figura, pues, nos evocará la imagen de Diana corriendo entre las selvas, disparando sus flechas con pasos ágiles y mano segura, o aquella otra de la amazona que no se arredra ante los más espantosos peligros. También aparece el mismo tipo femenino en España con la doncella guerrera cantada en un romance de nuestro Siglo de Oro y en Italia con la figura de Tundra, la montañesa, hija de reyes, protagonista de una tradición legendaria.

Pero a pesar de esta aparente ausencia de feminidad, llega un momento en que el corazón de Chitra se conmueve: ante su vista ha aparecido la figura del héroe, Arjuna, príncipe de los Kurus, que, cumpliendo una promesa, lleva vida de ermitaño. Siente ella entonces el deseo de conquistarlo, reniega de sus maneras bruscas, de sus ademanes toscos, y al conjuro del amor siente el deseo de ser bella. Pide así a Madava, Dios del Amor, y a Vasanta, Dios de las Estaciones, que le concedan ser hermosa aunque sólo sea por un día. Aquí ya se ha realizado un cambio: la joven que soñaba en batirse con su héroe, se considera ya dichosa con poderse cambiar por el trozo de tierra que pisan sus plantas; la que expresaba sus mayores deseos con estas palabras: "andaría con él como amigo suyo, guiaría los fieros caballos de su carro de guerra, le acompañaría en los placeres de la caza, velaría de noche a la entrada de su tienda y le atendería en sus grandes deberes de Kshatriya...", ahora sueña con apartarse de todo humano ruido, sola con su amado, abrazada en la llama pavorosa que Madava le ha enviado. Aquí, pues, entra ya en juego la fuerza poderosa del terrible Dios.

Ya con la hermosura que los dioses le han concedido, graciosamente, por un año, surge la aparición de Chitra en un ambiente de ensoñación que cuadra perfectamente dentro del espíritu indio. Se nos presenta aquí con todo su esplendor el blanco estilo de Rabindranath, que ha hecho que, injustamente, se le considere como un espíritu afeminado, falto de virilidad. Nos presenta un paisaje que, casi, aparece borroso ante nuestra vista; todo es suave en esta visión: los pasos quedos, los colores tenues, el ruido del agua como un murmullo, acompañado con el susurro del follaje, las telas vaporosas flotan al viento como si quisiesen dejar mostrar el cuerpo que tratan de cubrir. Y de este modo nos dice Arjuna como aparece Chitra ante su vista: "¿Era que soñaba, o fué realidad lo que ví allí junto al lago? Estaba yo sentado en el verdín, pensando entre las tendidas sombras del anocheecer en los años pasados, cuando salió lentamente de la oscuridad del ramaje, que me envolvía, una aparición hermosísima. Tenía forma perfecta de mujer y se detuvo en una losa blanca, orillas del agua. Parecía que el corazón de la tierra había de dilatarse de gozo bajo sus claros pies desnudos. Yo creí que los rayos que salían de su cuerpo iban a derretirse en éxtasis, en aire, como la neblina dorada de la aurora se derrite en el pico nevado de la colina de Oriente"... "inclinó la cabeza y vió la dulce flor de su juventud, su frescura tierna, el color suave de su piel"... "y suspirando lentamente se fué como un hermoso crepúsculo que se desvanece en la noche".

No hay nada, pues, que desentone, ninguna estridencia que rompa el encanto, que venga a deshacer el hechizo en que está como embrujado. Toda la melodía del poema, parece desarrollarse en un pianísimo, lento, majestoso, que sólo se romperá al vibrar, como en un sollozo, en el momento de su culminación dramática.

Durante casi todo el poema, perdura este tono lleno de ternura, unido a una visión de la naturaleza que nos recordará a los poetas del renacimiento occidental. Chitra, en la plenitud de su amor, cuenta también con éste mismo sentido de suavidad la noche primera en que se halló con su amado: "La brisa del Sur me durmió acariciándome, de la bóveda del malatí en flor que me cobijaba caían besos silenciosos sobre mi cuerpo, en mi pelo, en mi pecho, en mis pies, cada flor escogía un lecho donde morir..." La figura más grande del Renacimiento de Bengala presenta aquí ciertas analogías con otro poeta de nuestro Renacimiento, con la diferencia de que lo que en éste aparece como artificioso, tiene en Rabindranath todo el encanto de lo natural. Garcilaso, artista aristocrático dentro de su aparente sencillez, también nos canta en otro tiempo, en otro lugar y en distinta lengua, versos que llegan a nosotros con una musicalidad semejante: "Movióla el sitio umbroso, el manso viento, el suave color de aquél florido suelo", poniendo como fondo musical "un susurro de avejas que sonaba" y un lecho "en la ribera verde y deleitosa".

Pero el plazo otorgado por los dioses se va cumpliendo y Chitra va a perder la belleza que ellos le concedieron. Vasanta, dios de las Estaciones,

se lo anuncia: "La hermosura de tu cuerpo volverá mañana a las inagotables ruinas de la Primavera. El rojo tinte de tus labios, libres del recuerdo de los besos de Arjuna, retornará de nuevo en dos hojas frescas de asoka, y el suave relucir blanco de tu piel volverá a nacer en cien fragantes flores de jazmín". Las palabras del dios salen de sus labios supremos con un fino aire de profecía y el simbolismo de su profundo sentido se encierra bajo la forma de unas humildes florecillas.

En esa noche en que va a desaparecer su hermosura, Chitra quiere deslumbrar a su amado y va a buscarle, lo encuentra meditabundo: le han hablado de la princesa guerrera y, sin saber que ella es su amada, suspira por conocerla y emprender de nuevo su antigua vida heroica. Pero ante él surge otra vez, como una tentación, la voz armoniosa de Chitra invitándole a un nuevo placer: "Mira, he hecho nuestra cama de la siesta en una cueva oscura como la noche, con hojas rudas mojadas, en las pulverizaciones de la cascada espumante. El fresco de los verdes musgos suaves y espesos, de la piedra negra goteante besa allí los ojos hasta que los duerme... ¡Ven conmigo!". La voz de la joven, plena de musicalidad, viene a completar con una nueva melodía el ambiente enervante del momento y su figura, que parece apenas tocar la tierra, surge enmascarada en el centro de un cuadro de sensualidad refinada.

Pero Arjuna reacciona, quiebra con una nota vibrante, fruto de su voluntad poderosa aquéllas armonías suaves que parecían querer sumirse en un letargo eterno y siente de nuevo la vitalidad de la sangre caliente y ardoroso que le caracterizó en su vida de Kshatriya.

No puede resistir aquélla calma que le adormece los sentidos, y rompe con un latido sonoro el apagado son de su existencia: "¡Salgamos de esta adormilante prisión de tinieblas verdes, de este húmedo y pesado cobijo de perfumada embriaguez, que ahoga la respiración!".

Así, el poema termina con la unión definitiva de ambos esposos, presentando en este final el carácter del drama típicamente indio, en que todo acaba bien. Concluyendo con las palabras de Arjuna: "Mi vida está llena, amada mía"

* * *

Chitra, por estar tomada de una antigua leyenda, presenta algunas características que le hacen diferir en su fondo de la obra de Tagore en general. El ideal religioso de Rabindranath, tiene una mayor pureza que el espíritu indio tradicional; el dios que nos presenta no es producto de los libros védicos, y la pureza y espiritualidad que le caracterizan le elevan infinitamente sobre los dioses indios; aunque en sus expresiones se apoye, probablemente, en los líricos místicos Chaitanya y Kabir, sin embargo, no hay en él un "karma" una transmigración, un pesimismo, un dios a lo visible que estorbe la unión con Dios.

Pero en contraposición a este ideal suyo general, en *Chitra* nos habla de existencias anteriores, de una transmigración de las almas en un vagar a través de los espacios infinitos posando su existencia mudable en los diversos seres de la Tierra, como en una ruéda sin fin. De este modo, Chitra, enamorada, paladea las palabras de Arjuna, y acordándose de ellas dirá: "olvidé la la historia de mi vida pasada y la de mis anteriores existencias..."; repitiendo de nuevo esta idea al decir: "todas mis vidas olvidadas se unieron en una..."; palabras, que unidas al ambiente en que son dichas, prestan una nueva nebulosidad tibia en el tiempo sumado a aquella otra que ya existe en el espacio. Es el espíritu tradicional de la India el que late en el fondo del drama.

Rabindranath, él poeta, el profeta y el ético, aun a través del mito, y a pesar de los convencionalismos del alma indostana, ha sabido penetrar hasta la raíz de este drama humano; él conoce el mundo y, para su vista aguda, no se oculta el secreto de la intimidad, no en vano se han blanqueado sus cabellos por el tiempo. El es el cantor de los niños y el poeta de la juventud, conoce las penas de todos y para todos escribe sus versos y el abuelo y el nieto presienten en él un arma gemela que parece, en su elasticidad, abarcar el mundo entero.

No es extraño esto, pues como él mismo nos dice en una de sus más bellas obras: "Para quien lo sabe amar, el mundo se quita su careta de infinito. Se hace tan pequeño como una canción, como un beso de lo eterno", y Rabindranath amó al mundo que le rodeaba, con toda la fuerza de su espíritu inmortal, de su corazón siempre joven.

ELENA PEZZI

